

Marcuse y la civilización no represiva (II)

Jorge Eliécer Martínez Posada
Profesor
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central

“...el pasado continúa haciendo valer sus propias exigencias de futuro y hace nacer el deseo de un paraíso recreado con base en las conquistas de la civilización.”

Herbert Marcuse

2.1 Análisis crítico de Herbert Marcuse frente al problema de la cultura

Veíamos que Marcuse había tomado de Freud los conceptos de ello, superyó, yo, represión y sublimación, así como las operaciones entre el principio de placer y el principio de realidad, y entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte; pero les añadió las oposiciones entre “desublimación represiva” y “sublimación no represiva”, y ha llamado “principio de actuación o de rendimiento” a la forma histórica del principio de realidad propio de las sociedades industriales.¹ De este modo ha extendido al análisis de la cultura conceptos cuyo uso se aplicaba esencialmente al psiquismo individual.

La contribución a Freud consiste, pues, en extrapolar a una crítica de la civilización hipótesis que Freud había formulado en torno al origen de la cultura.

El principio de placer es uno de los principios que rigen el psiquismo y por el cual, el sujeto tiende a satisfacer inmediatamente el deseo que pone al organismo en tensión para volver a alcanzar su equilibrio natural (principio de Nirvana)². Sin embargo no siempre es posible (física o moralmente) satisfacer de inmediato ese deseo y entonces actúa el principio de realidad que contrapesa el principio de placer. Así es como éste se apoya en la realidad externa, en la experiencia personal, y busca el equilibrio o la distensión por caminos distintos de la satisfacción inmediata. Así la sed puede pedir de inmediato un vaso de cerveza fría (principio de placer), pero la experiencia del individuo u otras normas por él aceptadas pueden exigir otro modo de hallar el equilibrio eliminando, o al menos disminuyendo sustancialmente, la tensión surgida.

En la teoría de Freud el aparato psíquico tiende a mantener la excitación en el nivel más bajo posible. Cuando aumenta la excitación hay una tendencia a reducirla, a volver al estadio anterior a la excitación;

¹ Cf. Ibid. Pp. 41-45.

² Cf. Ibid. P. 37.

a esto llama Marcuse el principio de Nirvana.

Todos estos contenidos designan las mutaciones de los instintos gracias a las cuales el animal humano se convierte en ser humano. A esto denomina Freud transformación del principio de placer en principio de realidad. El hombre aprende a desechar un placer momentáneo, incierto y destructivo, a cambio de un placer sustituto, limitado, represivo pero seguro.

Marcuse acepta, en general, esta visión freudiana de la civilización represiva. Sin embargo, sostiene que Freud confundió lo biológico y lo histórico. La civilización como tal se fundamenta en el principio

represiva. Si se llega a establecer que el principio de actuación es una forma histórica del principio de realidad, entonces la dialéctica de la civilización deja de ser fatal, y no es inconcebible que las pulsiones sean liberadas de las coacciones y distorsiones impuestas por el principio de actuación.³ Esa es la causa por la que considera necesario Marcuse efectuar una especie de extrapolación de las concepciones freudianas.

2.2 Posibles soluciones al problema de la cultura

El inconsciente es la capa más profunda de la personalidad mental, es la energía al servicio de la satisfacción integral, es decir,

Lo que está en juego según Marcuse es la idea de una nueva antropología, no sólo como teoría, sino también como modo de vida; la aparición y el desarrollo de una necesidad vital de libertad y felicidad no sería posible si no se intenta cambiar al hombre hasta en sus necesidades e instintos más profundos.

de realidad, que tiene por objeto lo que es útil socialmente, mientras que la civilización moderna se basa en el principio de actuación, que es sólo una especificación del principio de realidad.

Según Marcuse, por no haber sabido extraer las implicaciones profundas de su propio descubrimiento del origen histórico de la represión, Freud no pudo justificar el inevitable conflicto entre principio de placer y principio de realidad, y la imposibilidad de una civilización no

de la ausencia de necesidad y represión. La conciencia impone como tabú y rechaza sin cesar la asimilación de la libertad y la felicidad, que sostiene el inconsciente.

De otra parte la memoria —otro nombre que recibe el inconsciente— tiene un valor de verdad y conserva las promesas y potencialidades puestas fuera de la ley por el individuo adulto civilizado. Lo que pasa del inconsciente al mundo de lo imaginario no se pierde. Todo lo guarda

³ Cf. Ibid. P.46.

la memoria profunda, y es posible volver a encontrar nuestra unión con la especie humana y con el pasado. El valor de la memoria se deriva de su valor de verdad. La civilización no está esencialmente ligada con la represión de los instintos, y la coacción y la alienación, el sufrimiento y la desdicha no son el precio necesario que hay que pagar para adquirir cultura y civilización. Lo que está en juego según Marcuse es la idea de una nueva antropología, no sólo como teoría, sino también como modo de vida; la aparición y el desarrollo de una necesidad vital de libertad y felicidad no sería posible si no se intenta cambiar al hombre hasta en sus necesidades e instintos más profundos:

“Así, la hipótesis de una civilización no represiva debe ser válida teóricamente demostrando primero la posibilidad de un desarrollo no represivo de la libido bajo las condiciones de la civilización madura. La dirección de tal desarrollo es indicada por aquellas fuerzas mentales que de acuerdo con Freud, permanecen esencialmente libres del principio de realidad y llevan esta libertad al mundo de la conciencia madura”.⁴

Ellas son, por ejemplo, la fantasía, una de las fuerzas opuestas al principio de realidad que están relegadas al inconsciente y cuya liberación hay que tener en cuenta para adquirir las aspiraciones de plenitud integral del hombre y de las naturalezas reprimidas por la razón. En el reino de la fantasía, las imágenes irrazonables de la libertad se hacen racionales y los bajos fondos de la

satisfacción instintiva adquieren una nueva dignidad. Al hombre no le queda más que una actividad mental no encerrada en el sistema, separada de la nueva organización represiva del aparato mental, y libre del dominio del principio de la realidad: es la fantasía, que sigue vinculada al principio de placer y enlaza el sueño con la realidad, a los estados más hondos del inconsciente con los productos más altos de la conciencia, tales como el arte. Para Freud el arte es la forma no-obsesiva, no-neurótica de la satisfacción sustitutiva: el encanto de la creación estética no procede del retorno de lo reprimido. Del juego pasamos a la fantasía, y no por vagas semejanzas sino por presuponer un lazo necesario: el hombre, en efecto, no renuncia a nada, no hace más que cambiar una cosa por otra creando sustitutos. Así el adulto en vez de huir se abandona a la fantasía; pues bien, la fantasía constituye —en función de sustituto del juego— el sueño diurno, el sueño despierto. En una sorprendente panorámica, Freud compara las dos extremidades de la cadena del fantasear: sueño y poesía; una y otra son testigos de un mismo destino: el destino del hombre descontento, insatisfecho: los deseos insatisfechos son resortes impulsores de la fantasía; cada fantasía es la realización de un deseo, la rectificación de una realidad que no satisface al hombre. Así es como la teoría freudiana invita a pasar de una primera lectura, puramente reductiva, a otra segunda lectura de los fenómenos culturales, cuyo propósito no sería tanto desenmascarar lo reprimido y lo represor (para hacer ver lo que hay tras de las

⁴ Ibid. Pp. 135 y 136.

máscaras) como liberar el juego de referencias entre signos. Únicamente la obra de arte confiere cierta presencia a las fantasías del artista, y la realidad que así se les otorga pertenece a la obra de arte en el seno de un mundo cultural. La fantasía preserva los arquetipos del género humano, las ideas p rpetuas pero reprimidas de la memoria colectiva e individual y, sobre todo, las imágenes prohibidas de la libertad: es evidente, pues, que desde este punto de vista la fantasía desempeña una función decisiva en la estructura mental total, porque conserva la estructura y las tendencias de la psique anteriores a su organización del principio de la realidad y a su conversión en un individuo enfrentado con otros individuos.

El reconocimiento de la fantasía (la imaginación) como un proceso del pensamiento con leyes propias y valores verdaderos no era nuevo en la psicología y la filosofía; con la contribución original de Freud yace en el intento de mostrar la génesis de esta forma de pensamiento y sus conexiones esenciales con el principio del placer.⁵

Sin duda, considerar a la imaginación como un modo de pensamiento dotado de leyes propias y de valores propios no es un descubrimiento psíquico ni filosófico. Pero la originalidad de Freud consistió, según Marcuse, en tratar de mostrar su génesis y sus relaciones con el principio de placer. De allí en adelante, una parte del yo, la más importante, será regida por el principio de realidad: define las normas y los valores, expresa lo verdadero, el bien,

lo útil, en el triple campo de la sensibilidad, la voluntad y la inteligencia. La  nica parte del yo que escapa a la jurisdicción del principio de realidad define el terreno de lo imaginario. Aquí el principio de placer continúa reinando, la libertad es soberana y se complace en descansar en el juego de las imágenes. Pero, como contrapartida, su actividad es puramente lúdica y sin asidero en la realidad; es impotente, gratuita, irrealista, inútil. En efecto, la civilización introdujo el principio de realidad en el dominio del principio de placer, suscitó entre ellos un creciente antagonismo: para ella todo lo que es sensibilidad, placer, puls n, debe estar bajo la razón soberana, el logos. Gracias a la razón el hombre ganó la eficacia, la conquista de lo real, la definición del derecho del individuo, pero perdió el placer, la inmersión en la especie y la comunidad con la naturaleza.  nico dominio que ha permanecido libre y al abrigo de la dominación de la razón represiva, la imaginación contiene la verdad del pasado del individuo y de la especie, la verdad de la negación total opuesta a la razón; protege las aspiraciones a la realización integral del hombre y la naturaleza.

2.2.1 El arte como reencuentro con la felicidad

Así, como proceso mental fundamental e independiente, la fantasía posee un valor de verdad propio, correspondiente a una propia experiencia: la superación de la realidad humana antagónica. La imaginación prevé la reconciliación del individuo con el todo, del deseo con la

⁵ Ibid. P. 138.

realización, de la felicidad con la razón. Esta armonía se ha trasladado al reino de la utopía pero la fantasía insiste en que tiene que volverse real, y que puede. Las verdades de la imaginación se captan por vez primera cuando la fantasía adquiere forma, cuando crea un universo de percepción y comprensión “un universo a la vez subjetivo y objetivo”. Esto ocurre en el arte.

El arte, según Marcuse, es acaso el más visible retorno de lo reprimido, a nivel individual y a nivel genérico-histórico.⁶ La imaginación artística elabora el recuerdo del inconsciente de la liberación fracasada, de la promesa traicionada. El arte opone a la represión institucional la imagen del hombre como sujeto feliz y libre; pero, en un estado de no-felicidad y no-libertad, el arte sólo puede sostener la imagen de la felicidad y la libertad negando la no-felicidad y la no-libertad.

El arte desafía el principio de la razón predominante: al representar el orden de la sensibilidad, invoca una lógica de la satisfacción en contra de la represión. “*Sin embargo, dentro de los límites de la forma estética, el arte expresa, aunque de una manera ambivalente, el retorno de la imagen reprimida de la liberación: el arte es oposición*”.⁷

La fantasía juega una función decisiva en la estructura mental total: liga los más profundos yacimientos del inconsciente con los más altos productos del consciente (el arte), los sueños con la realidad...⁸ El arte se dirige hacia el futuro: las formas de libertad y de felicidad que inculca pretenden liberar la realidad histórica. La

función crítica de la fantasía consiste en la negativa a olvidar lo que puede ser, a prescindir de lo realizable, a denegar el fin de la utopía. La realización estética constituye su característica primaria.

Las verdades de la imaginación pueden realizarse bajo varias formas, de las cuales es el arte la más manifiesta y fecunda. La forma estética expresa la armonía reprimida de la sensualidad y la razón, da a luz el recuerdo inconsciente de una liberación abortada. Es una protesta viviente contra la organización de la vida por el logos represivo, a la que opone la imagen del hombre libre. La civilización basada en el principio de rendimiento relega las verdades extrañas de la imaginación al ámbito del folklore y los cuentos de hadas, la literatura y el arte. En el mundo popular y académico se las domestica, se les reduce a fragmentos y se les vuelve inofensivas.

La función crítica reside en su negativa a acomodarse a las limitaciones impuestas a la libertad y a la felicidad por el principio de realidad; es un cuestionamiento perpetuo del estado de cosas en nombre de lo posible, que ella rehúsa olvidar.

El estallido de la fantasía que se traduce en arte, en cultura superior, es un esfuerzo por trascender el hecho cotidiano, la opresión del trabajo y la vida cotidiana, e implica una intencionalidad utópica. Pero en definitiva es sublimación, y la sublimación es fruto de la represión, según expuso Freud con justicia. Sin embargo, a Marcuse le parece demasiado determinista la concepción de Freud, porque si bien es cierto que la sublimación

⁶ Cf. Ibid. P. 140.

⁷ Ibid. P. 141.

⁸ Ibid. P. 137.

es fruto de las represiones, también lo es que encierra un potencial de rebeldía liberadora.

La belleza del arte, a diferencia de la verdad de la teoría, es soportable en un presente de penurias: aun en él puede proporcionar felicidad, la teoría verdadera conoce la miseria y la desgracia de lo existente. Cuando muestra el camino de reforma, no nos consuela reconciliándonos con el presente. Pero en un mundo desgraciado la felicidad tiene que ser siempre un consuelo: el consuelo del instante bello en la cadena interminable de desgracias. El goce de la felicidad está limitado al instante de un episodio. Pero el instante lleva consigo la amargura de su desaparición. Porque cada instante lleva en sí mismo la muerte, hay que eternizar el instante bello para hacer posible algo que se parezca a la felicidad.

Las formas de libertad y felicidad que evoca tienden a liberar la realidad histórica. Tal vez la determinación de los surrealistas de reivindicar los derechos de la imaginación y su intento de aplicar el sueño a la solución de los problemas fundamentales de la existencia hayan sido prematuros. Es como si hasta ahora el gran rechazo de la realidad represiva, por parte de la imaginación, la lucha por una vida entera de libertad y sin angustia, sólo pudiera formularse sin daños en el lenguaje del arte. En política, e incluso en filosofía, estas pretensiones no podían aparecer sino como utópicas. No sucede lo mismo en el contexto de la civilización avanzada actual, en la que la noción de utopía pierde su sentido.

2.2.2 Arquetipos opcionales

Analizaremos ahora el estudio subsiguiente que hace Marcuse de los arquetipos, los símbolos que nos proporciona la imaginación. Estos símbolos son interpretados, como significaciones de las etapas del desarrollo de la personalidad, etapas superadas hace tiempo. Para Marcuse, por lo contrario, estos símbolos proporcionados por la imaginación no tienen como única significación remitir al pasado; tienen valor de arquetipos que trascienden las contingencias del desarrollo, y pueden servir de modelos, incluso para individuos o sociedades ya maduras. Estos héroes culturales simbolizan actitudes frente a la existencia, actos que determinaron y pueden continuar determinando el destino de la humanidad.

Orfeo y Narciso (como Dionisos, el antagonista del dios que sanciona la lógica de la dominación y el campo de la razón, con el que están emparentados) defienden una realidad muy diferente. Ellos no han llegado a ser los héroes culturales del mundo occidental: su imagen es la del gozo y la realización; la voz que no ordena, sino que canta...⁹

Orfeo y Narciso son los héroes culturales cuyo modelo debe ayudarnos a instaurar un mundo dionisíaco en el que un nuevo principio de realidad podrá dar a Eros un lugar preponderante. Orfeo y Narciso simbolizan la alegría, la realización y la paz. Su voz no ordena, canta. Su ademán no reprime, da y recibe. El canto de Orfeo purifica el mundo animal,

⁹ Ibid. P. 151.

¹⁰ Cf. Ibid. P. 159.

reconcilia al león con el cordero y al león con el hombre. Libera la naturaleza, pues el mundo necesita ser liberado, no dominado y controlado. Símbolos de belleza y paz, Orfeo y Narciso significan la redención del placer, la detención del tiempo, la absorción de la muerte en el paraíso del silencio. Esta liberación es la obra de Eros.¹⁰

“La experiencia del mundo órfico y narcisista niega lo que sostiene el mundo del principio de actuación. La oposición entre el hombre y la naturaleza, el sujeto y el objeto, es superado. El ser es experimentado como gratificación”.¹¹

Las imágenes órficas y narcisísticas hacen explorar la realidad, no aportan un mensaje ni se proponen un modo de vida; están ligadas al mundo subterráneo y la muerte. La experiencia órfica y narcisística del mundo rechaza todo compromiso con la realidad sometida a la represión, repele todo lo que asegura mantenimiento y protección al mundo del principio de rendimiento o actuación. Queda entonces superada la oposición entre el hombre y la naturaleza, en una pacificación serena en que uno y otro gozan con su realización. Sólo el Eros órfico y narcisístico, desata todas las cosas, las vuelve libres de ser lo que son y de realizarse en belleza.

Refiriéndose más precisamente a Narciso y para justificar el haberlo evocado en el mismo sentido que a Orfeo, mientras que por lo general es concebido como el antagonista de Eros, Marcuse explica

que esta es la imagen de Narciso tomada de la mitología y no de la teoría freudiana de la libido. Pues si en la tradición mitológica Narciso, antagonista de Eros, simboliza el sueño y la muerte, no es que solamente se ame a sí mismo, sino que vive según su propio Eros, en una especie de comunión universal. Por otra parte, esto concuerda con el mismo Freud y su concepto de “narcisismo primario”: al introducir esta noción, Freud abandonó la hipótesis de pulsiones del yo independientes y la reemplazó por la noción de una libido primaria, indiferenciada, anterior a la división en yo y objetos exteriores. Este narcisismo primario es algo completamente distinto de un autoerotismo que todavía no hubiera alcanzado la madurez; indica una relación existencial fundamental con la realidad.

Así pues, las imágenes de Orfeo y Narciso simbolizan, según Marcuse, una actitud erótica no represiva, la actitud de la negación total. Rechazar la separación con el objeto amado, reunir lo que el principio de realidad separó. Orfeo es liberador: instaura un orden sin represión en el que convergen el arte, la libertad y la cultura, la paz y la salvación del hombre y de la naturaleza. Y su homosexualidad no debe ser concebida como una amputación, sino como una expansión del Eros y una protesta contra la sexualidad procreativa y su carácter represivo.¹²

Por lo tanto, Orfeo y Narciso revelan una nueva realidad, y debemos recordar estos arquetipos cuando tengamos que encarar una reestructuración de las pulsiones como vía de acceso a una sociedad no represiva.

¹¹ Ibid. P. 158.

¹² Cf. Ibid. P. 162 y 163.

A estas dos imágenes se ha opuesto en la cultura occidental la imagen de Prometeo, que obsesiona el inconsciente de los hombres, héroe que se rebela contra los dioses, domina las fuerzas naturales y crea la civilización, simboliza el trabajo, el Logos, el progreso por medio de la represión; es el modelo típico de la civilización del rendimiento, mientras que Pandora simboliza la sexualidad y el placer, y está destinada a la maldición.

Tendremos, pues, que buscar arquetipos distintos de Prometeo si queremos obtener una restauración de las pulsiones y una transformación de la existencia. La respuesta a esta inquietud es que la imaginación nos proporciona, junto a los héroes culturales de la productividad represiva, otros arquetipos, según los cuales el hombre se realiza por medio de la “liberación” de la libido, y no por la dominación.

La verdad de estos símbolos órficos y narcisísticos indica la existencia de un principio de realidad más allá del principio de rendimiento, realidad en la que opera la reconciliación erótica del hombre y la naturaleza en la actitud estética que veremos más adelante.

Sin embargo, se imponen algunas precisiones previas con respecto al mundo de la estética y de las posibilidades de reconciliación entre la sensibilidad y el entendimiento.

2.2.3 *El mundo de la estética*

La estética aparece a mediados del siglo XVIII, pero esta vez como nueva disciplina filosófica, como teoría de lo bello. Este cambio de sentido no deja de tener una significación profunda: el establecimiento de la estética como ciencia independiente invoca la verdad de los sentidos contra su depravación bajo el principio de realidad. La estética instala el orden de la sensibilidad como opuesto al orden de la razón y procura una liberación de los sentidos. Hay un vínculo profundo entre la sensibilidad (como conocimiento sensible) y la sensualidad (en alemán se las designa con la misma palabra, *Sinnlichkeit*), así como entre la estética, ciencia de la sensibilidad, y la estética ciencia del arte.¹³ Los sentidos no son únicamente órganos de conocimiento; al mismo tiempo tienen también una función apetitiva y son fuente de placer (sensualidad).

El arte, según Marcuse, es acaso el más visible retorno de lo reprimido, a nivel individual y a nivel genérico-histórico. La imaginación artística elabora el recuerdo del inconsciente de la liberación fracasada, de la promesa traicionada. El arte opone a la represión institucional la imagen del hombre como sujeto feliz y libre; pero, en un estado de no-felicidad y no-libertad, el arte sólo puede sostener la imagen de la felicidad y la libertad negando la no-felicidad y la no-libertad.

¹³ Cf. *Ibid.* P. 166.

Se observa que, en nuestra civilización, los valores estéticos sirven a lo sumo para adornar la vida o para alimentar manías particulares, y salvo para los genios o los bohemios, es imposible vivir con esos valores. Por ello se hace necesario emprender una justificación filosófica de la estética. De esta manera, la estética es el dominio en el que coinciden la sensibilidad y el entendimiento, las facultades inferiores y las superiores, la naturaleza y la libertad. El progreso de la civilización las había separado, sometiendo las facultades sensibles a la razón con fines sociales. La estética libera la sensibilidad de la dominación represiva de la razón.

Aquí Marcuse hace constante referencia a la filosofía de Kant, donde tiene un puesto muy importante entre la razón teórica que constituye la naturaleza bajo las leyes de la causalidad y la razón práctica que constituye la libertad. El juicio mediatiza las relaciones entre la naturaleza y la libertad, el desear y el conocer.¹⁴ La oscuridad del pensamiento kantiano con respecto a este tema proviene, según Marcuse, de que mezcla constantemente los dos sentidos de la palabra –estética–; el sentido original, lo que pertenece a la sensibilidad, y el sentido recientemente admitido en su época, lo que pertenece a la belleza, sobre todo en el dominio del arte.¹⁵ Pero ocurre que precisamente estos dos sentidos son inseparables, ya que su relación explica la fecundidad de la estética. En efecto, el placer estético proviene al mismo tiempo de la sensibilidad, cuya naturaleza es receptividad, de la pura forma del objeto,

cuya percepción constituye la belleza. De esta manera, la imaginación estética es a la vez receptiva y creadora.

Según Marcuse la teoría kantiana de la estética –limitada por las perspectivas de la filosofía trascendental– se limita a tratar las categorías estéticas como procesos mentales. En realidad, era portadora de fecundas derivaciones. Algunos años después de la aparición de la *Crítica del juicio*, Schiller, en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre* (1795), extrajo de ella la noción de una nueva civilización, donde coinciden razón y sensibilidad y sería obra de la virtud liberadora de la estética.¹⁶ Analizando el desarrollo de la filosofía occidental, señala Schiller que el racionalismo que la caracteriza redujo sin cesar la función cognitiva de la sensibilidad. Se ignoró a la imaginación, y frente a la lógica como ciencia del entendimiento no existía ninguna estética como ciencia de la sensibilidad.

Pero la originalidad de Schiller, afirma Marcuse, consistió en pedir a la función estética, cuando la actitud estética es considerada por lo general como no real, el secreto de la reconstrucción de la civilización, queriendo liberar al hombre de las condiciones de existencia inhumanas en que lo coloca la civilización industrial incipiente. Ahora bien: este daño proviene, según él, de la oposición entre sensibilidad y razón, naturaleza y libertad, o con más exactitud entre dos instintos fundamentales, el sensible y el formal, de los cuales el segundo es razón, acción y dominación. Se reconciliará con

¹⁴ Cf. *Ibid.* P. 164 y 165.

¹⁵ Cf. *Ibid.* P. 165.

¹⁶ Cf. *Ibid.* P. 170.

un tercer instinto, llamado por Schiller “instinto de juego”, cuyo objetivo es la belleza y cuyo fin es la libertad.

*“La libertad es, así, en un sentido estricto, liberación de la realidad establecida: el hombre es libre cuando la realidad pierde su seriedad y cuando su necesidad llega a ser ligera”.*¹⁷

En una civilización verdaderamente humana, la existencia humana será “juego” antes que trabajo, y el hombre vivirá en la “apariencia” antes que en la necesidad. Hay que sustituir el espíritu de seriedad por el juego, la coacción por la libertad. Tal será el programa de esta nueva civilización. La libertad de que se trata no es una libertad trascendente puramente interior, sino una libertad que se realiza concretamente en la existencia.

Las ideas del juego y el despliegue revelan ahora total alejamiento de los valores de la productividad y la actuación: el juego es improductivo y es inútil precisamente por que cancela las formas represivas y encaminadas a la explotación del trabajo y el ocio; él “sólo juega” con la realidad.¹⁸

Marcuse apunta a una civilización no represiva, carente de toda dominación; según él, el instrumento de esta pacificación universal es la imaginación, el canto órfico y la contemplación narcisista; de tal manera, esta civilización no represiva es al mismo tiempo una civilización estética. El valor útil de los objetos debe desvanecerse ante su forma pura, que los reviste de belleza. Pero también deben desaparecer los rasgos sublimados de los valores represivos, es decir, los valores superiores de la civilización del principio de realidad.

Al final de esta exposición nos es posible ver el lugar central que ocupa la imaginación, como única potencia mental que escapa al principio de realidad, de acuerdo con la concepción freudiana, en el pensamiento de Marcuse. Nos da un testimonio del principio de realidad y nos permite conducir la civilización más allá de ese principio.

Después de haber analizado en Kant el juego de los procesos mentales en el dominio de lo imaginario, después de haber anticipado con Schiller la visión de una civilización estética, Marcuse nos invita a ver en la imaginación la verdad del hombre. Los símbolos que viven una vida profunda y libre en la imaginación y la inconsciencia y que emergen en el sueño, el arte y la mitología, son índices de lo que hay de más verdadero en el hombre y debe pasar al dominio de la filosofía.

Ellos proporcionan los modelos del hombre nuevo y la civilización será, pues, estética, no como lujo vano para estetas bohemios, sino una vida en la que se realizan los sentidos, la imaginación, el arte, la felicidad y la libertad.

Debemos ahora dilucidar, con Marcuse, qué cambios profundos exige la realización de este modelo de sociedad en la estructura misma de las pulsiones.

2.3 Transformación y fortalecimiento del Eros

Según Marcuse, la civilización debe ser “estética-erótica” y que permita la realización de las pulsiones de la satisfacción sensible.

¹⁷ Ibid. P. 177.

¹⁸ Ibid. P. 184.

Mientras Freud nos muestra a la civilización naciendo, como un movimiento irreversible, más allá del principio de placer, Marcuse cree en la posibilidad de otra civilización que, superando el principio de realidad, coincida con el principio de placer. “Este proceso casi natural, por su lógica interior, sugiere la transformación conceptual de la sexualidad en Eros.”¹⁹

Marcuse piensa que las pulsiones sexuales, desprovistas de toda sobre-represión por parte de la civilización, pueden desarrollar una racionalidad libidinoso que no sólo sea compatible con el progreso sino que lo impulse hacia formas superiores de libertad y felicidad civilizada. No podrá haber civilización del Eros sino por medio de la liberación de las energías pulsionales reprimidas en nuestras sociedades de rendimiento, gracias al dominio de la razón. Se trata, entonces, de instaurar un nuevo tipo de relaciones entre pulsiones y razón, para llegar a una sustitución de las pulsiones sexuales por un Eros. Una vez liberadas de la tiranía de la razón represiva, las pulsiones tienden hacia relaciones existenciales libres y durables. Entonces se opera una reactivación de las fases anteriores de la libido –y es en ese momento cuando aparece Eros– y, por otra parte, en el plano social las instituciones de la sociedad represiva desaparecen en beneficio de una nueva civilización.

En cuanto a Freud, sabemos que según él la supresión de las coacciones sociales conduciría la sexualidad a fases precivilizadas, suprimiría la canalización de la sexualidad hacia la reproducción monogámica, así como los tabúes referen-

tes a las perversiones. La desexualización del cuerpo –necesaria para que este no sea considerado como un fin en sí mismo, sino como un instrumento de trabajo o de otras actividades sociales y culturales útiles–, quedaría igualmente suprimida. Según Freud, las pulsiones sexuales sólo pueden fundamentar relaciones eróticas durables entre individuos adultos si están inhibidas en cuanto a su meta. Este fue, precisamente, el largo y lento proceso de la civilización: unir la sexualidad al afecto para domesticarla y sublimarla en amor.

A la idea de una sublimación no represiva, la definición freudiana de Eros como lucha por “formar la sustancia viva dentro de unidades cada vez más grandes, para que la vida pueda ser prolongada y llevada a un desarrollo más alto” alcanza un nuevo significado. El impulso biológico llega a ser un impulso cultural.²⁰

Al mismo tiempo que se opera este afinamiento cultural, la moral condenaba el uso del cuerpo considerado como simple objeto, como simple instrumento de placer. Está claro, entonces, que la abolición de la sobre-represión y el establecimiento de un nuevo principio de realidad no represivo tendrían como consecuencia la libre satisfacción de las necesidades individuales y la “resexualización” del cuerpo. No habría solamente una liberación, sino también una transformación de la libido. Por lo tanto lo que nosotros imaginamos a partir de una sexualidad tal y como la conocemos, desatada, es evidentemente engañoso, pues la civilización exige la sublimación de la sexualidad y el primado de la genitalidad.

¹⁹ Ibid. P. 191.

²⁰ Ibid. P. 197.

Por el contrario, que el avance de la civilización puede hacer estallar ciertos tabúes sexuales sin detrimento de la civilización y para mayor beneficio del goce erótico. En este sentido se puede hablar de una autosublimación de la sexualidad, que se manifieste por medio de las relaciones humanas altamente civilizadas, sin someterse, sin embargo, a la coacción de la civilización actual y sus instituciones represivas. Entonces las pulsiones podrían desarrollarse libremente y la sexualidad primaria sería restaurada, mientras que la genitalidad desaparecería y el dominio de la libido se extendería hasta los límites del organismo, al menos en la medida en que las instituciones sufrieran la misma transformación. Mientras la civilización siga siendo represiva, esta sublimación no represiva toma necesariamente el aspecto de oposición a toda utilidad social: de esta manera Narciso y Orfeo, entregándose a la contemplación o al juego, se niegan a participar en el orden establecido y sus valores. Pero el Eros órfico y narcisístico, por ser obra de individuos aislados, conduce a la muerte.

En efecto, la reactivación de la libido narcisística no debe ser un fenómeno individual: en este caso no conduce a una civilización superior sino a la neurosis, que es en sí misma una amenaza para la sociedad. Para que esta autosublimación sea benéfica para el individuo y la sociedad es necesario que no haya oposición entre el interés de la sociedad y el individual. Es necesario, entonces, que el trabajo socialmente útil sea organizado en vista de la satisfacción de la necesidad individual; mejor dicho, que el cuerpo no sea alienado como simple instrumento de trabajo, sino que exista por sí mismo. La cuestión de la liberación de los instintos

está esencialmente ligada con la reorganización del trabajo y la sociedad.

La noción de organización social plantea el problema de la necesidad de autoridad. Una sociedad libre sería aquella en la cual reinaría la tolerancia, el respeto mutuo de las opiniones de todos. La necesidad de descansar mediante las diversiones que ofrece la industria de la cultura es de por sí represiva, y la represión de esta necesidad es un paso hacia la libertad y la felicidad. La represión como camino hacia la libertad, la represión antirrepresiva (diversión), puede legitimar muchos abusos.

Abolir una libertad ilusoria de un individuo que sólo se cree libre porque está perfectamente integrado en el sistema represivo, esto sí puede ser un retorno a la libertad y felicidad verdadera. Sin embargo esta felicidad no supone una sociedad o cultura sin conflictos. Esto no sería una idea utópica. No creemos que sea utópica la idea de una sociedad en la que se sobreentiende que los conflictos subsisten, pero en la que estos conflictos son resueltos sin opresión, sin crueldad. Seguramente, si todos los seres humanos fuesen razonables y comprensivos, muchos conflictos se resolverían en la armonía.

Eros tiene también una dimensión cultural e incluso espiritual. Esto no tiene nada de sorprendente, si es verdad que la oposición de lo físico y de lo espiritual es en sí misma producto de la represión. No ocurría lo mismo en la diferenciación primitiva de las pulsiones, y la sublimación quiere recobrar la indiferenciación poliforma por medio de la superación de la oposición. Lo espiritual se vuelve libidinoso, o mejor dicho ya lo era en el fondo; Eros y Agape son, después de todo, lo mismo, no porque el Eros sea Agape sino porque Agape es Eros, y las relaciones

espirituales tienen origen y sustancias sexuales. El motor de la cultura es la impulsión biológica.²¹

Marcuse no niega la diferencia que hay entre Eros y Agape en el nivel de los fenómenos, ni incluso quizá de las esencias constituidas; su punto de vista no parte del análisis sino del origen: reduce Agape a Eros y lo espiritual a lo libidinoso. De esta manera Eros engendra la cultura por medio de la sublimación no represiva; la sexualidad no es reprimida, alcanza sus objetivos, pero los trasciende enseguida hacia otros goces. La pulsión erótica se transforma de biológica en cultural: para hacer del cuerpo entero y cada vez más un cuerpo de placer, Eros se ve conducido a afirmar la potencialidad e incluso a cambiar las condiciones de la existencia, mejorar el medio y poco a poco transformar toda la civilización.

*Con la transformación de la sexualidad en Eros, los instintos de la vida despliegan su orden sexual, mientras la razón llega a ser sensual hasta el grado en que abarca y organiza la necesidad en términos que protegen y enriquecen los instintos de la vida.*²²

La transformación de la sexualidad en Eros afecta, pues, todos los dominios de la existencia. Acrecienta en cantidad y calidad los goces eróticos para el individuo y los otros, así como entre el individuo y la naturaleza, relaciones libidinosas perdurables. Tiende a crear una especie de orden erótico, capaz de dar al goce la garantía de la perennidad, que equivale en el tiempo a la universalidad que adquirió con respecto a las condiciones de

existencia. Este orden de Eros sería la aparición de una nueva racionalidad: la razón incorporada al juego del principio de placer. *“Al mismo tiempo, Eros, libre de la represión sobrante, sería fortalecido, y el Eros fortalecido absorbería, como quien dice, el objetivo del instinto de la muerte”.*²³

El hecho de la muerte amenaza marcar con el signo del fracaso el conjunto del proyecto, tanto la liberación de Eros como el destino de la cultura libre y feliz. El hombre sabe que para todos los placeres y para todas las cosas finitas la hora de su nacimiento es también la de su muerte.

El instinto de muerte tiende hacia el Nirvana, hacia un estado de satisfacción constante, hacia un estado sin tensión ni necesidades, sin dolor ni destrucción. Por lo tanto, a medida que la vida llega al estado de satisfacción se reduce progresivamente el conflicto entre la muerte y la vida, y el principio de placer y el principio de Nirvana terminan coincidiendo. La lucha por la existencia es sustituida entonces por la cooperación para el libre desarrollo y realización de las necesidades individuales; la razón represiva por una nueva racionalidad de la satisfacción en la que convergen la razón y la felicidad.

Conclusiones

Actualmente los jóvenes quieren una sociedad sin guerra, sin explotación, sin opresión, sin pobreza y sin despilfarro. Pues bien, la cultura “superior” evolucionada dispone hoy de todas las riquezas técnicas, científicas y naturales necesarias para construir realmente una sociedad así. Pero el sistema

²¹ Cf. Ibid. P. 196.

²² Ibid. P. 207.

²³ Ibid. P. 217.

Lo que pretende obtener Marcuse es nada menos que la creación de un hombre nuevo; un hombre que se caracterice por el optimismo, que no conozca la idea mortífera de la competencia propia de la época actual, que haya perdido su agresividad y, en cambio, actúe solidariamente; un hombre que odie profundamente la guerra.

actual y los intereses que trabajan día y noche en su defensa, empleando para ello medios cada vez más violentos, son simplemente los que impiden la felicidad y la liberación.

La pretensión primordial de este cambio será encontrar una existencia verdadera, digna del hombre, y crear formas de vida completamente nuevas. Por lo tanto, no se trata de una transformación cuantitativa, sino de una transformación cualitativa.

Hoy no podemos predecir cómo será concretamente la sociedad futura o post revolucionaria en su forma de organización. Sería absurdo hacerlo. Nosotros no somos libres, ni felices, y es evidente que, como seres sin libertad y sin felicidad, no podemos determinar de antemano la manera como los hombres libres organizarán su vida y su civilización, siendo el hombre que proceda bien y solidariamente, dándose la posibilidad de liberarse en gran parte de los impulsos oprimidos en interés de los que ejercen la autoridad, y que sobre la base de estos impulsos liberados —esencialmente de los impulsos vitales y no de los impulsos destructores— puede realizarse, en efecto, por primera vez en la historia, algo así como una solidaridad; pues los impulsos vitales se oponen a los impulsos agresivos y, en realidad, contiene el germen de la posibilidad y de las condiciones necesarias para mejorar la vida, para disfrutar mejor de la vida, y no contra los demás sino con los demás.

La ciudad libre según Marcuse conoce igualmente la técnica que hace posible la

abundancia. Conoce la autoridad planificadora y centralizadora que, por medio de la racionalidad tecnológica simplemente liberada de sus elementos de explotación, organiza la producción y la distribución de los recursos. Esta autoridad se vuelve autodeterminación en su término ideal. De esta manera la civilización marcusiana no difiere en nada de la nuestra por su contenido, sino sólo por su orientación e intención; es la misma cosa pero de un modo distinto, no represivo.

Se extiende siempre sobre un fondo de utopía, para darnos la visión de una sociedad compuesta por hombres libres cuya actividad libre se desenvolvería en la armonía general, en la que no habría explotadores ni explotados, y donde, compensada la disminución del ritmo de trabajo represivo por la supresión de todo derroche, el decrecimiento del volumen de la producción no impediría un aumento de la riqueza social y una mayor satisfacción de las necesidades individuales.

La utopía consiste en creer que basta con liberar los instintos de toda forma de opresión para que se resuelvan, sin otra mediación, todos los males de la sociedad. Así, pues, son los instintos mismos la fuente de los males que desgarran a las civilizaciones, y por lo tanto liberándolos no se obtendrá la pacificación de la existencia. El verdadero remedio es cambiar al hombre mismo, considerado no ya como campo de fuerzas vitales sino como libertad, felicidad e interioridad.

Así mismo nos dice que la autodeterminación supone que los individuos sean liberados de toda propaganda manipuladora. La sociedad no será racional y libre sino hasta ser organizada y renovada por un sujeto histórico esencialmente nuevo. Pero precisamente todo el problema reside en eso. Ese vuelco interior, esta conversión radical de todos los individuos a la vez —sin lo cual los no convertidos harían reinar todavía la represión—, además de ser contraria a las consideraciones materialistas de Marcuse, surge pura y simplemente de la utopía. Todo el problema reside justamente en que en la ciudad futura los individuos, con una libertad y tranquilidad soberanas, usen todo como si no lo hicieran y se sirvan de todo sin esclavizarse de ninguna forma. La libertad misma debe volverse una necesidad instintiva de carácter erótico.

De esta manera general “si la separación antagónica de la parte física y espiritual del organismo es en sí misma el resultado histórico de la represión, la superación de este antagonismo abriría la esfera llamada espiritual al instinto”, el hombre de Marcuse nunca se evade del mundo de las pulsiones, está condenado a permanecer en este nivel, toda dimensión vertical le es extraña. Para él la liberación debe entenderse en el sentido de la mejor satisfacción de las necesidades, es esencialmente libidinosa.

Desde este punto de vista, el hombre marcusiano se sentirá tan incómodo dentro de su propia piel como el hombre de la civilización represiva. El instinto no podrá llenar los vacíos del espíritu, así como tampoco lo hacen los bienes de consumo. Espera el advenimiento de un arte de vivir en el que ya no gozarán de privanza la cantidad y lo utilitario sino la calidad, la estética y la existencia pacificada y feliz en un tiempo que se volvió libre.

Lo que pretende obtener Marcuse es nada menos que la creación de un hombre nuevo; un hombre que se caracterice por el

optimismo, que no conozca la idea mortífera de la competencia propia de la época actual, que haya perdido su agresividad y, en cambio, actúe solidariamente; un hombre que odie profundamente la guerra. La verdadera realidad es que, en los últimos años, la diferencia entre ricos y pobres ha aumentado. La verdad es que las divergencias, los conflictos internos del sistema capitalista siguen existiendo. Se manifiestan con una insistencia particular, con una insistencia mucho mayor que antes, en el contraste más generalizado entre la enorme riqueza social, que podría permitir realmente una existencia sin pobreza y sin trabajo alienado, y una felicidad y libertad más al alcance de todos. Es indispensable crear constantemente nuevas necesidades e incluso apetitos instintivos; inclinar a los individuos a seguir cambiando su interioridad, buscando su profunda conciencia.

La cultura significa, entonces, más que un mundo mejor, un mundo más noble: un mundo al que no se ha de llegar mediante la transformación del orden material de la vida, sino mediante algo que acontece en el alma del individuo. El alma sublima la resignación.

En una sociedad que está determinada por la ley de los valores económicos, el ideal que sitúa al hombre —al hombre individual e irremplazable— por encima de todas las diferencias sociales y naturales, que afirma que entre los hombres debe privar la verdad, el bien y la justicia, y que todos los crímenes humanos deben ser expiados por la pura humanidad, sólo puede estar representado por el alma y los hechos anímicos. La salvación sólo puede provenir del alma pura. Evidentemente, sólo el alma carece de valor de cambio.

La humanidad se transforma en un estado interno del hombre; la libertad, la bondad, la belleza, se convierten en cualidades del alma: comprensión de todo lo humano, conocimiento de la grandeza de todos los tiempos, valoración de todo lo difícil y de todo

lo sublime, respeto ante la historia en la que todo esto ha sucedido. De una situación de este tipo ha de fluir un actuar que no está dirigido contra el orden impuesto. La belleza de la cultura es, sobre todo, una belleza interna y la externa sólo puede provenir de ella. Su reino es esencialmente un reino del alma.



Bibliografía

- BRUGGER, Walter. *Diccionario de filosofía*. Barcelona. Editora Herder, 1983, 734 p.
- CASTELLET, José María. *Lectura de Marcuse*. Barcelona. Editorial Seix Barral, 1969, 144 p.
- FREUD, Sigmund. *Introducción al psicoanálisis*. 3a ed. Madrid: Castilla, 1969, 498 p.
- _____. *Más allá del principio de placer*. Barcelona. Editorial Orbis, S.A., 1983, 50 p.
- _____. *El porvenir de una ilusión*. Barcelona. Editorial Orbis, S.A., 1983, 45 p.
- _____. *Tótem y tabú*. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva, 1968, 52 p.
- _____. *El Yo y el ello: tres ensayos sobre...* Historia del pensamiento. Barcelona. Editorial Orbis, S.A., 48 p.
- INSTITUTO COLOMBIANO DE NORMAS TÉCNICAS. Normas Colombianas para la presentación de Tesis de Grado. 1 revisión. Santafé de Bogotá D.C.: ICONTEC, 1994, 132 p.
- MASSET, Pierre. *El pensamiento de Marcuse*. Trad. por M. Rajzman. Buenos Aires. Editorial Amorrortu, 1972, 276 p.
- MARCUSE, Herbert. *Cultura y sociedad*, 4a. ed., trad. E. Bulygin y E. Garzón, col. Estudios Alemanes, Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, 128 p.
- _____. *Ensayos sobre política y cultura*, 1a. ed., prólogo de Miguel Siguan, trad. Juan Ramón Capella, Ediciones Ariel, Barcelona, 1970, 210 p.
- _____. *Eros y civilización*. Barcelona. Editorial Seix Barral, S.A., 1970, 253 p.
- _____. *Ética de la revolución*. 2a. ed. Trad. por A. Álvarez Ramón. Madrid. Editorial Taurus, 1970, 180 p.
- _____. *El hombre unidimensional; ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. 9a. ed. Barcelona. Editorial Seix Barral, 1972, 276 p.
- _____. *Razón y revolución: Hegel y el surgimiento de la teoría social*; trad. por J. Fombom de Sucre. Madrid. Alianza Editores, 1971, 444 p.
- _____. *Un ensayo sobre la liberación*, 2a. ed. Trad. por J. García Ponce. México. Editorial J. Mortiz, 1969, 24 p.